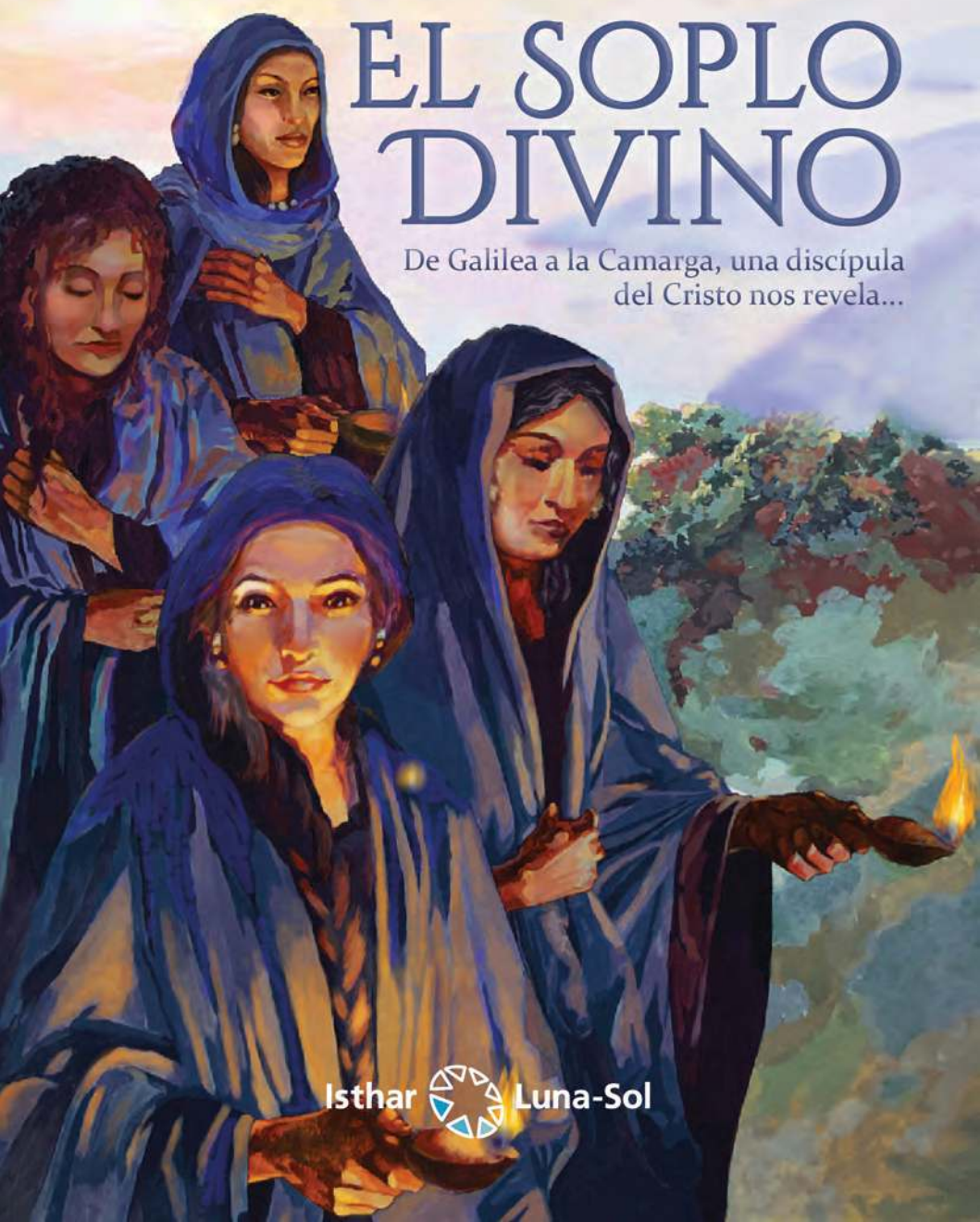


MARIE JOHANNE CROTEAU

PRÓLOGO DE DANIEL MEUROIS

# EL SOPLO DIVINO

De Galilea a la Camarga, una discípula  
del Cristo nos revela...



Isthar  Luna-Sol

MARIE JOHANNE CROTEAU

# EL SOPLO DIVINO

De Galilea a la Camarga, una discípula  
del Cristo nos revela...

EDICIONES

**Isthar**



**Luna-Sol**

«Libros, cursos y eventos con Estrella»

**Ediciones Isthara Luna-Sol**

www.istharlunasol.com

info@istharlunasol.com

**Título original:** Le Don du Souffle

© **Autora:** Marie Johanne Croteau

© **Traducción:** Sara Rincón

**Corrección:** Ricardo de Pablo

**Diseño cubierta:** Ediciones Isthara Luna-Sol

**Imagen cubierta:** Adaptación por Christophe Saulière de una obra no identificada

**Maquetación:** Antonio García Tomé

**Primera edición:** febrero 2021

© **Ediciones Le Passe-Monde**

© **Ediciones Isthara Luna-Sol**

Calle Arganda, 29

28005 - Madrid (España)

**ISBN:** 978-84-17230-94-4

**Depósito legal:** M-229-2021

**Impreso en Cofas (España)**

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, íntegra o parcialmente, por cualquier medio mecánico, electrónico o químico ya existente o de futura introducción, incluidas fotocopias, adaptaciones para radio, televisión, internet o webTV, sin la autorización escrita del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Zebedeo, Yacuba y Subrona.*

*A mi madre, que desplegó  
sus alas orgullosa de mi pluma.*

*A todas las almas con las que me he cruzado  
hasta hoy en esta época tan preciada.*

*A todos los que aman a Cristo.*

*A Daniel, con amor, por apoyar siempre mi  
posición mientras escribía este testimonio,  
y con gratitud por su amorosa presencia.*

# ÍNDICE

Prefacio .....	9
Capítulo 1. La complicidad de los supervivientes .....	13
Capítulo 2. La sacudida .....	27
Capítulo 3. La travesía .....	45
Capítulo 4. Primeros pasos sobre la tierra de Kal .....	65
Capítulo 5. El don de la savia .....	79
Capítulo 6. La luna llena de Belisama .....	95
Capítulo 7. Curaciones .....	111
Capítulo 8. La flexibilidad de las unificadoras .....	135
Capítulo 9. Reencuentros .....	153
Capítulo 10. De fuego y de agua .....	179
Capítulo 11. Temblor de almas .....	201
Capítulo 12. «No bebas solo la mitad de tu copa» .....	223
Epílogo .....	243

## PREFACIO

«**E**l alma y el corazón tienen sus propios labios, y, cuando los dejamos expresarse y compartir sus secretos, surgen palabras como las que animan las páginas que siguen».

Este fue el pensamiento que me llegó cuando descubrí el manuscrito de *El Soplo Divino*, y más tarde no encontré nada que describiera con mayor precisión el perfume que destila. Para captar el lenguaje de su esencia harán falta oídos dispuestos a escuchar, por supuesto, pero eso siempre sucede con todo lo que es puro.

¿Hay algo más inasible que un soplo? En especial si se trata del Soplo de vida... Sin lugar a dudas, este es el soplo del que nos habla esta obra, que intenta hacernos entender y sentir lo que pudo animar y dar tanta fuerza a aquellos primeros discípulos de Cristo que llegaron a la costa mediterránea de la Galia hace dos milenios.

Nos podemos preguntar por qué alguien querría resucitar una historia como esta después de tanto

tiempo. Yo creo que la respuesta es bien sencilla: porque esta historia se nutre de lo que, precisamente, tanta falta nos hace actualmente: el Soplo o, dicho de otra manera, la fuerza para amar, para dejarse llevar con total confianza por aquello cuya vocación es sublimar al ser humano, para buscar y transmitir una luz eterna.

A través de estas páginas obtenidas de la memoria akásica nos sumergimos en una evocación que nos enseña las grandes verdades que afectan a la universalidad de cualquier dimensión espiritual auténtica.

Sobre esta cuestión ya se ha escrito, eso es cierto, pero no de esta manera. Tampoco nunca se ha dado respuesta a esos interrogantes, sobre los cuales la historia ha permanecido en silencio.

Sí, porque... ¿exactamente qué fue lo que llevó a mujeres tales como María Magdalena, Salomé, Jacobea o Marta, entre otras, a seguir a José de Arimatea y abandonar Galilea para dirigirse a una tierra desconocida en la que difundir todo lo que contenían sus corazones?

La Iglesia nos respondería que fueron a evangelizar. Pero no, por supuesto que no... Pensemos un poco: todavía no existía ningún escrito, no se había fijado ninguna palabra, Cristo aún no había sido identificado como tal y los que habían recibido su amor y sus enseñanzas en absoluto se planteaban crear una nueva religión.

Se trataba de una expansión repentina y espontánea de la conciencia espiritual. Hoy diríamos que fue el momento de un verdadero salto cuántico.

En realidad, de lo que se trataba era de reinventar el amor y de darle una dimensión que nunca había tenido, de revelar que dicho amor era el motor de todo lo que existe, de desatar con ello una tormenta en la forma de pensar y, por último, de dar a probar de manera infinita la libertad que evoca.

De esta forma, gracias al testimonio que Marie Johanne Croteau nos propone a través de la mirada de la discípula Shlomit, conocida en nuestros días con el nombre de María Salomé, iniciamos un viaje «fuera de pista» y sin ninguna relación con la visión dogmática de la Iglesia.

En consecuencia, este relato dista mucho del de esas *santas* petrificadas por una tradición sin base real. Aquí, por el contrario, vamos de la mano de unas mujeres a menudo frágiles que se hicieron numerosas preguntas y que sufrieron y tuvieron miedo, pero que, a pesar de todo, supieron alimentar en su pecho ese Soplo amoroso de la Onda crística original.

Caminaremos a su lado para encontrar eso que la mayoría hemos pasado por alto o perdido: la sencillez de lo que está vivo, el amor sin cálculos hacia todo lo que existe, así como la comprensión íntima de la naturaleza fundamental de lo divino.



Resulta evidente que ahora, más allá del tiempo, estas mujeres nos pasan el testigo de las tomas de conciencia que ellas mismas realizaron. Nos corresponde a nosotros recogerlo y hacer *algo* con ello para el mundo que está por llegar.

En mi opinión, hay pocos libros con la candidez, la frescura y la veracidad naturales y sin ambages que se ofrecen en *El Soplo Divino*. Su poder transformador reside en esa invitación al silencio y en el deseo de limpidez que induce a través de sus páginas, en esa energía innegable y tierna con la que nos envuelve y consuela al tiempo que nos estimula. Por tanto, nos disponemos a entrar en una meditación activa que, imperceptiblemente, nos impulsará a redescubrir dentro de nosotros un inmenso espacio de alegría olvidada.

Cuando el pasado ilumina el presente y le restituye su dimensión sagrada, la vida adquiere un valor insospechado. Buena parte de ello se debe a la magia y la sutileza del trabajo de escritura que ha sabido llevar a cabo Marie Johanne Croteau.

 DANIEL MEUROIS



## LA COMPLICIDAD DE LOS SUPERVIVIENTES

**E** stábamos, aproximadamente, en el año 40 de nuestra era. En Jerusalén se acababa de terminar de celebrar la cuarta Pascua después de que el maestro Jeshua fuese clavado en la cruz. Cuatro años ya... O quizás incluso más, no lo sé con certeza. Me daba la impresión de que el tiempo ya no transcurría de la misma forma desde la conmoción que sufrimos por el horror de aquel acontecimiento y la separación que lo siguió.

Tras haber logrado regenerarse en la tumba que su tío Yussaf<sup>1</sup> había puesto a su disposición, y también

---

<sup>1</sup> Yussaf: José de Arimatea (véanse las obras de Daniel Meurois *El testamento de las tres Marías* y *El libro secreto de Jeshua*, vols. 1 y 2).

después de que nos volviera a ver dos o tres veces, la figura del Maestro se vio envuelta en una gran confusión. ¿Dónde iba a vivir? ¿Qué iba a hacer?

A veces circulaban noticias que a menudo contradecían a otras. De lo único que estábamos seguros era de que nos sentíamos terriblemente huérfanos. Y no huérfanos de la palabra que él nos había confiado, claro que no, sino huérfanos de su presencia, que era infinitamente mayor que la de cualquier ser humano.

Sí..., ya debía de hacer cuatro años que recorríamos los caminos de Galilea, Judea y Samaria con la esperanza de sembrar lo que nos había regalado, aunque fuera tan solo un poco. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

También eran ya cuatro los años que llevábamos escondiéndonos casi de forma continua y viviendo con la angustia de ser detenidos. Los romanos habían empezado a tomarle la medida a aquel viento de libertad que el maestro Jeshua había traído, y perseguían a los *galileos*, como así nos llamaban a menudo, de manera cada vez más intensa. Cuando digo «nos» me refiero a todos y todas los que habíamos seguido cada uno de sus pasos, de pueblo en pueblo, hasta quedarnos sin aliento.

No sé cuántos éramos exactamente, nunca me puse a contar. Además, ¿quién habría podido hacerlo? A veces me parecían pocos; otras veces, cuando me daba cuenta del número de corazones a los que había llegado y que se arriesgaban a confesarlo, pensaba que éramos muchos.

«Shlomit —me decían—, ¿es verdad que tú lo conociste y que caminaste a su lado? ¿Cómo era contigo? ¿Es verdad también eso de que regresó de entre los muertos? ¿Tú lo viste con tus propios ojos? ¿Era el “Bendecido”?».

Aquello era demasiado a la vez... A veces yo no sabía qué decir exactamente, y menos aún cómo decirlo. Todas aquellas preguntas y esos rostros vueltos hacia mí me aturdían y me intimidaban mucho, así que, a menudo, en esos momentos que transcurrían discretamente en algún rincón de una plaza pública, a la sombra de un olivo o incluso en una playa, Yacuba<sup>2</sup>, que se había convertido en mi hermana del alma, intentaba encontrar las palabras, palabras que le llegaban a ella y palabras que compartíamos.

Yacuba hablaba alto, mientras que yo, como un animalillo herido, necesitaba silencio y me refugiaba detrás de esa fuerza que ella podía expresar y que me permitía sobrevivir a la adversidad de la partida del Maestro.

Casi de manera instintiva me cubría rápidamente el rostro e intentaba amar y curar a través de mis manos, de una forma muy sencilla. Aquello fue, de hecho, lo primero que él me enseñó antes de nada: a curar y a consolar. Por tanto, los enfermos, llegados de no sabía dónde, desfilaban delante de mí, y yo colocaba

.....  
2 Yacuba: María Jacobea (véase *El testamento de las tres Marías*, de Daniel Meurois).

las manos sobre ellos y dejaba que la onda de curación actuara.

La música de la voz de Yacuba me acompañaba en esos momentos y me daba seguridad, pero eran sobre todo los ojos de Jeshua los que, interiormente, estaban conmigo y me sonreían. Y aquella sonrisa, su sonrisa, me daba la fuerza necesaria para prolongar ese Sopro que proporcionaba cuidados de manera infinita a quienes llamamos «los otros».

Cuando mi hermana y yo estábamos juntas reconocíamos ese momento en que ocurría *algo*. Jeshua siempre nos había hablado de la aparición fugaz de una especie de vapor que era capaz de envolver a todos los que amaban. Debía de ser aquello lo que en ciertos momentos adivinábamos o quizás percibíamos, hasta el punto de incluso a veces hacernos llorar.

Al principio, íbamos en grupos pequeños de pueblo en pueblo, casi errantes y desperdigados para no llamar la atención de los romanos. Sin embargo, poco a poco se establecieron de manera natural puntos de encuentro en apriscos y *betsaids*.

Simón, el hijo del alfarero, se mostraba muy presente y activo. Por su parte, Tadeo, Tomás y Betsabé solían estar con Yacuba y conmigo para curar y hablar de lo que habíamos recibido a todo aquel que quisiera saber. Meryem, la madre del Maestro, también tenía su pequeño grupo, formado de manera espontánea por Myriam, la esposa de su hijo, Marcos,

el hijo de Myriam, Marta y a veces Yussaf. A menudo se refugiaban en un pequeño *betsaid* que se encontraba en lo más profundo del valle, no muy lejos de Tiberíades, un lugar donde había tantos romanos que a nadie se le ocurriría ir allí a buscarlos.

Juan, aunque siempre estaba cerca de Meryem, se desplazaba regularmente para encontrarse con Felipe y Bartolomé. En cuanto a Leví<sup>3</sup>, Simón Pedro y su hermano Andrés, permanecían más apartados, como unidos por un vínculo muy particular.

Esto es algo que ocurre por afinidad entre almas. Nuestros grupitos no eran fijos y a menudo Myriam de Magdala, Meryem y Yussaf se encontraban con Simón, su esposa, Yacuba y conmigo. Nos juntábamos, pero rara vez pasábamos dos o tres noches en el mismo sitio, pues íbamos navegando de un grupo a otro... Por miedo a represalias, a veces nos encontrábamos cerrados algunos lugares que siempre habían sido hospitalarios con nosotros: allí ya no éramos bienvenidos. Por suerte, aparecían otros nuevos.

En aquella época, y contrariamente a lo que hubiéramos podido esperar, algunos zelotes se mostraron muy colaborativos, en especial a la hora de darnos cobijo e incluso de advertirnos de algunos sitios que era mejor evitar.

---

3 Mateo.

Si hoy puedo decir «contrariamente a lo que hubiéramos podido esperar» con respecto a los zelotes, es porque el simple hecho de pronunciar su nombre y evocar su existencia se había convertido en una especie de tabú inconsciente entre nosotros. Habíamos vivido tan mal la liberación de Barrabás que aquello todavía era una herida abierta en nuestras almas, así que nadie se atrevía a hablar de ellos cuando estábamos juntos. Era una especie de pudor, de incapacidad para reconocer que nos habíamos dado cuenta de que no todos ellos eran unos asesinos sin escrúpulos. No obstante, muchos de nosotros habíamos aceptado, cada uno por su lado, el hecho de que algunos habían sido alcanzados por la palabra y la fuerza interior del Maestro.

Sí, durante mucho tiempo tuvimos miedo de reconocerlo, probablemente porque eso nos habría hecho sentir que traicionábamos a Jeshua de alguna forma. Un día, sin embargo, tuvimos que rendirnos ante la evidencia de que cada vez eran más los que nos respetaban e intentaban protegernos como podían —aunque solo eran una minoría—, a pesar, evidentemente, de los que veían en ello una manera de sacar provecho de la influencia que el Maestro seguía teniendo a través de nosotros.

Creo que fue entonces cuando, en medio de la confusión general, cada vez más romanos comenzaron a llamarlos también *galileos*. El resultado fue que acabamos por no saber de quién fiarnos, sobre todo

porque algunas de las puertas que creíamos tener abiertas de pronto se nos cerraron.

Siempre por miedo... Y también porque algunos estaban convencidos de que el Maestro nos había mentido. Nos decían: «¿Y, si no, por qué ha terminado como un simple *lestai*<sup>4</sup>, clavado en un madero?». A pesar de nuestros insistentes testimonios, no creían en absoluto que se hubiera regenerado, ni tampoco en esa idea de que había resucitado que algunos querían imponer. Ante aquella situación, decidimos no forzar nada. Además, después de todo, ¿acaso importaba?

Una mañana, muy temprano, yo estaba en cuclillas recogiendo minuciosamente las hierbas con las que preparaba, como podía y a pesar de las circunstancias, mis unguentos cuando sentí una presencia detrás de mí. Me di la vuelta y vi a Zebedeo, mi esposo. Estaba allí, de pie, aunque un poco inclinado, con la mirada inquieta y la voz temblorosa. Era evidente que temía que le vieran u oyeran.

Desde el día en que decidí dejar su casa en Betsaida para recorrer los caminos de nuestro país, siempre le había visto de manera más o menos regular entre la multitud cuando el Maestro todavía estaba con nosotros y enseñaba. De hecho, él a veces venía a escucharlo y entonces, de manera discreta, se acercaba a mí y me deslizaba en la mano algunas monedas para que pudiera hacer frente a necesidades que yo no admitía tener,

.....  
4 Un ladrón.



como mantos, lana para tejer o lino para remendar dos o tres vestidos. A pesar de que me fui de su casa, él nunca me abandonó, era así...

Sin embargo, me di cuenta de que en aquella ocasión había venido para algo diferente. Quería ofrecernos un lugar donde dormir protegidos de los delatores.

—Zebedeo, ¿qué estás susurrando? Háblame abiertamente por una vez y no te preocupes, que nadie nos está viendo.

—¿Tú crees? Deberías ser más prudente... Sé que estáis buscando un lugar para dormir. Ya os han cerrado demasiadas puertas, ¿verdad? Muchos tienen miedo. Pero yo..., yo puedo ofreceros mi casa, que sigue siendo tuya, ¿sabes? Tú, Yacuba y los que os acompañan podéis refugiarnos allí. Ya sabes que mis hijos se han marchado, así que es un lugar discreto. Además, Chalphi también quiere abrirnos las puertas de sus apriscos, nadie sube nunca hasta allí. ¡Queremos ayudar, Shlomit! No quiero que lo pases mal ni que te falte de nada. Me importas y siempre me importarás. Es así, te llevo en mi corazón.

Miré a Zebedeo a los ojos, ¿acaso no seguía siendo mi esposo? Casi lo había olvidado, como si perteneciera a otra vida. Aquello me emocionó.

—Tú también eres importante para mí —le respondí con lágrimas en los ojos—. Aceptamos de buen grado tu hospitalidad, estar siempre de un sitio a otro es agotador.

—Bien, muy bien —me dijo simplemente, dibujando una amplia sonrisa en su delgado rostro.

Le vi marcharse, levemente encorvado, pero con un paso que me parecía más ligero, como si se hubiera liberado de algo que llevaba mucho tiempo reteniendo.

¿Habría sido yo quien, sin pretenderlo jamás, le había hecho cerrarse? No quise seguir pensando en ello, así que me levanté para ir junto a Yacuba.

Nunca he sabido si Zebedeo pensó que me atrevería a aceptar su invitación, pero esa misma noche mi hermana y yo, muy emocionadas, determinamos ir a mi antigua casa.

Zebedeo nos estaba esperando acompañado de Chalphi. Pude sentir el sobresalto de Yacuba cuando los vio a los dos en la penumbra, era algo inesperado... Parecía como si a nuestros esposos les hubieran entrado a la vez ganas de volvernos a ver lejos de las miradas del resto.

¿Nosotras habíamos llegado a comprender de verdad cuánto sufrieron al vernos partir, cuando los dejamos para seguir al Maestro? ¿Nos habíamos preocupado alguna vez por las habladurías que con seguridad habían tenido que escuchar y soportar? No cabía ninguna duda de que, a su manera, ellos asumieron cuál era su papel y todo lo que significaba la llamada de Jeshua.

Pensé en aquello, en su silencio y su generosa discreción, cuando Zebedeo me tendió tímidamente la

mano para que nos dirigiéramos a la gran terraza donde antaño, antes de que me marchara, habíamos vivido gratos momentos de paz y tierna complicidad.

Como ya habían hecho muchos otros, me preguntó por los últimos acontecimientos desde la regeneración del Maestro. Pero ¿aquello era lo que más le preocupaba? Bajo el resplandor danzarín de una lámpara de aceite, sus ojos me seguían hablando en el lenguaje del amor, como en otros tiempos, aunque él intentara ocultarlo.

Todavía lo recuerdo... Fue una noche preciosa bajo las estrellas; nos susurramos los mil espacios recorridos, lo que había sucedido aquí o allá. También fue una noche sembrada de largos momentos de silencio, tomados simplemente de la mano, antes de abandonarnos al sueño. No hubo más que ternura, que fue como un bálsamo para mi alma y seguramente también para la de Zebedeo.

El escuchar las carcajadas y la voz sonora de Yacuba, que, por su parte, evocaba con Chalphi sus últimos años junto al Rabí, me hizo saber que ella también se sentía feliz con esa pausa en nuestras inciertas existencias.

El amor existe, aunque puede experimentarse de diferentes maneras, y cuando se establece sobre una base de respeto y autenticidad permanece más allá de esas quimeras de separación.

Al día siguiente, mientras Yacuba y yo, descansadas y en paz, recogíamos nuestras alforjas para unirnos al

resto y continuar a merced de los caminos y de lo que se nos solicitara, volvimos a compartir nuestras reflexiones sobre quienes negaban la regeneración de Jeshua y optaban por esa idea de que había resucitado.

La verdad es que a mi hermana del alma y a mí nos resultaba muy difícil comprender por qué teníamos que ocultar el hecho de que se había regenerado y por qué se nos instaba cada vez más a callarnos. ¿Qué pretendían con ello? ¿Y quiénes eran realmente los que así lo querían? En aquel momento recordé muy bien ciertas palabras de Juan, que había estudiado y que frecuentemente nos sorprendía, y las compartí de nuevo con mi hermana:

—Acuérdate, Yacuba, de lo que nos explicó Juan. Sus palabras me vienen a menudo a la cabeza... Quería que entendiésemos que la idea, el principio mismo de la resurrección, había sido *plantado*, llamémoslo así, desde siempre en el fondo de la memoria de todos los hombres y mujeres. Incluso nos llegó a afirmar que sucedía lo mismo en el país de la tierra roja<sup>5</sup>, y que el Maestro se lo había enseñado cuando probablemente en parte ya presentía lo que podía ocurrir.

»Aquel día Juan nos dijo: “Hay quienes quieren divinizar al Maestro y quizás lo consigan, puesto que no pueden comprender que no es eso lo que él pretendía. No pueden hacerlo porque es demasiado grande para

.....  
5 Véase el mito de Osiris, quien volvió del Reino de los Muertos con la ayuda de Isis. Actualmente se hablaría de arquetipos.

ellos, así que necesitan fabricarle un trono, una efigie. Siempre ocurre lo mismo. Observadlos bien y lo comprobaréis...”.

»Acuérdate de cómo nos marcaron aquellas palabras. Estábamos con Marta, y ninguna de las tres, lo veo muy claro ahora, quiso recordar los nombres de quienes repentinamente nos volvieron la espalda, ni tampoco los lugares en los que nos dejaron de abrir las puertas de sus casas.

»Para nosotras, no fijar en nuestras memorias las imágenes del miedo, de la debilidad e incluso de la traición era simplemente seguir siendo fieles a aquel que tanto nos había enseñado y que sabíamos que en alguna parte seguía vivo.

Pero, en definitiva, aunque todavía no me atrevía a decírselo ni siquiera a Yacuba, personalmente me daba absolutamente lo mismo la diferencia que pudiera haber entre la regeneración y la resurrección. Para mí, el poder y la luz de Jeshua no residían en eso, sino en la grandeza de lo que había venido a revelar en todos nosotros. Él nunca quiso que se le venerase ni que se mintiera sobre nada, y mucho menos sobre lo que era o dejaba de ser.

Su grandeza procedía de aquella especie de Sopro indescrptible, sobrehumano, que al parecer cada día nos habitaba un poco más y que a menudo nos hacía creer invencibles, a pesar de los riesgos de la vida que habíamos escogido.

Era algo coherente, razonable e insensato a la vez... Me acuerdo también de que, a veces, me despertaba en mitad de la noche con la sensación de que mis pensamientos habían desaparecido y se habían visto sustituidos por una mirada que lo observaba todo desde arriba y que comprendía muchas cosas, algo que estaba más allá de mí, de la pequeña Shlomit que recorría los caminos; una inteligencia que era mucho más que la mera inteligencia..., o más bien un conocimiento sin forma que sobrepasaba la comprensión.

A Juan, cada vez que nos lo encontrábamos, le gustaba mucho hablarnos de aquel estado del ser, o más bien de aquella conciencia que no solo yo experimentaba y que a veces preocupaba a algunos de los nuestros. Para él, aquello era la prueba de que el sello que Jeshua había dejado en nuestras almas estaba activo, y gracias a ello *todo* se llevaría a cabo.

Pero ¿qué era ese *todo*?



**María Magdalena, Salomé, Jacobea...** Más allá de su imagen clásica, forjada durante siglos, en realidad sabemos muy poco sobre los acontecimientos reales y la fuerza que llevaron a estas tres **primeras discípulas de Cristo** a cruzar el Mediterráneo para irse a vivir y a enseñar a las costas del sur de la Galia.

El subtítulo de este libro, «**De Galilea a la Camarga**», resume bien la inmensa **búsqueda del Espíritu** y el **poder del Soplo** que animaron a estas tres mujeres extraordinarias, pero con una vida muy diferente de la de aquellas «santas» de las que habla la tradición.

En esta obra, **Marie Johanne Croteau** nos permite acompañarlas durante su travesía por un mar incierto, así como después, en los años que estuvieron transmitiendo pacientemente esa **onda de sanación crística** en un pueblo de pescadores y labradores sencillos y de corazón abierto. De esta forma, la autora da respuesta a multitud de interrogantes y colma un vacío histórico.

A través de **este relato**, tierno y apasionante a la vez, todo un **bálsamo para el corazón**, descubriremos el culto celta a **Belisama, la diosa madre**, y el **misterio de Marta** en aquel pueblecito de la Provenza que hoy se llama Tarascón. También veremos cómo poco a poco, de maneras a veces inesperadas, **la palabra crística fue acogida en una tierra nueva**. Introduciéndonos de forma rigurosa en la memoria del tiempo a través de la mirada de Salomé —Shlomit—, la autora nos invita a descubrir la verdadera naturaleza del **Soplo que sana cuerpos y almas**. Un Soplo que, dos mil años más tarde, sigue interpeándonos y maravillándonos.

*El Soplo Divino* es un **libro terapéutico** por su dulzura y su información sutil, así como una obra que **consuela, impulsa a seguir creciendo** y sirve de **faro en este mundo de dudas y miedos**.

Un **texto atemporal** que, por numerosos aspectos, **responde con amor a nuestros requerimientos actuales, ensancha los horizontes y despierta una sensibilidad escondida** que nos hace más nobles.

